

Señor Alcalde de Laja: Don Vladimir Fica y señora esposa,

Queridos jóvenes estudiantes,

Amigos y hermanos todos:

La rueda del tiempo hace que nos reencontremos en esta cita sagrada, desde 1810 hasta hoy, y a un año de haber celebrado el Bicentenario de nuestra Patria. Puestos ante la mesa de Cristo entonamos la Acción de Gracias, pero también es deber reflexionar seriamente sobre nuestra convivencia nacional.

Saludo con particular afecto esta magnífica presencia de jóvenes que representan a nuestros estudiantes de E.M. de la comuna de Laja.

Introducción

En el Evangelio Jesús nos habla del desconcertante modo de ser del Padre Dios que no recompensa a sus servidores según la capacidad productiva de cada cual, sino en razón de su misericordia sin fin. Ante Él, todos tienen la misma dignidad y derechos; no importando su orden de llegada a la viña. Esta Palabra será luz en la consideración del hoy de Chile. Sería tan interesante analizar desde esta perspectiva la problemática de la salud pública y privada, del creciente número de ancianos sin auxilio, del llamado aborto “terapéutico”, del proyecto de vida en común. Dada su urgencia, nos ceñiremos sólo al tema educativo.

¿Es Chile un país unido?

El Bicentenario nos sorprendió con uno de los peores terremotos de la historia y nos costó ponernos de pie para celebrarlo. Más allá de la tragedia, nos alegraba descubrirnos solidarios; es decir, capaces de olvidarnos de nuestras diferencias y de unirnos en la búsqueda de un objetivo común: la Patria. Lo mismo habrá que decir de la proeza de rescatar vivos a los 33 compatriotas en la mina San José. Pero en la medida que el país empezaba a funcionar y el proceso reconstructivo-sin duda perfectible- daba sus pasos, fue apareciendo en el rostro de Chile una mueca de dureza, frustración y violencia inédita en nuestra memoria colectiva.

Cada vez que nos azotan trágicos sucesos, se produce una explosión de reacciones que en forma nos hace pensar que somos un país unido, fuerte en la adversidad. Los medios de comunicación, generadores de opinión pública, juegan un rol determinante. Pero Chile no está unido; lo que hay es una reacción, llevada hasta la catarsis, de sentimientos que hoy están y mañana desaparecerán. El Papa en su Encíclica “Deus caritas est”,

explicando el sentido auténtico del amor, dice que éste no es sentimentalismo- pues los sentimientos van y vienen.

Esta ausencia de amor entre nosotros, es gravísima a la hora de preguntarnos qué antropología subyace en nuestra conciencia de nación; si no, somos una masa informe de gente sin identidad, unida sólo por sentimientos manipulables, “que hoy están y mañana desaparecerán”. Todo el gran debate educativo, -importantísimo- está centrado en la forma y no en el contenido, porque la pregunta fundamental es **¿Qué es educar?, ¿Cuál es el modelo de personas que queremos formar?** Entender aún educación como “capacitación para la producción, la competitividad y el mercado”, con lucro o sin lucro, seguirá generando una sociedad desgraciada, antagonista, acomplexada y esclava del subdesarrollo cultural. **La gran brecha que divide Chile, pasa por el modelo de hombre y de sociedad que se quiere formar; y para esto, pareciera que no hay tiempo ni interés.** Tal vez en lo más recóndito de nuestra subcultura, interesa secretamente que la diferencia permanezca. La politización de los conflictos nos impide ver con objetividad la magnitud histórica de lo que está por resolverse.

Indignacion

Y desde meses estamos viviendo la llama del descontento social; **indignación** declarada de la ciudadanía. El detonante ha sido la acción organizada de los estudiantes secundarios y universitarios. ¿Por qué hemos llegado a esto? La historia reciente nos recuerda que en dos décadas se incorporó a todos los niños a una escolaridad obligatoria de doce años, se masificó la educación superior, la vivienda propia dejó de ser un imposible, se ideó un sistema de salud más inclusivo, se expandió el consumo a niveles que antes eran inimaginables. Pero, no estamos contentos. La educación pasó de sistema de minorías a uno de masas. Diríamos que toda la sociedad entró a las aulas de clase y llevó a ella sus expectativas: el aura de una profesión, sueldos altos, óptimo nivel de vida; en una palabra seríamos felices.

Ocurre que - porque ahora la educación es un fenómeno de masas- ni escuela ni universidad proveen esos bienes. La inclusión en el sistema educativo se experimenta engañosa. Además hoy los problemas sociales se han reducido a la educación. Se despolitizó el tratamiento de la economía, pues-se dice- tiene leyes propias; y, en cambio, todos los problemas de la vida colectiva se trasladaron a la educación. Transformada en el último reducto de la vida cívica - raro espacio en el que la voluntad de los ciudadanos todavía importa-, en la educación parece hallarse el origen de todos los males.

Ésta es la intuición de fondo.

Y el peor de todos es el mismo sistema escolar. Los estudiantes van a la escuela que, en razón de su cuna, les corresponde. Los pobres a escuelas municipales o subvencionadas; los que tienen algún excedente a escuelas con financiamiento compartido, y, en fin, aquellos cuyas familias poseen un ingreso suficiente, asisten a colegios particulares pagados. ¿Quién cree que un sistema escolar reproductor de la estructura de clases sociales puede contribuir a mayores niveles de justicia o de meritocracia?

¿Y por qué hemos llegado a esta situación?

En el proceso de despegue del subdesarrollo se nos dijo que la ley de oferta y demanda, el mercado (lucro) regularía- casi mágicamente- todos estos procesos. Y el molde quedó estrecho para las profundas expectativas del corazón humano.

El mercado expande el consumo; pero no la participación. Favorece el bienestar material, pero no da reconocimiento. Aumenta la posibilidad de comunicación, pero no estimula el diálogo. Acentúa la individualidad, pero deteriora la vida cívica. Libera de la miseria, pero deja a la intemperie. En una palabra, da libertad de elegir, pero quedamos con la impresión de que las alternativas no existen. Es esa sensación de impotencia la que hace que miles de niños y de jóvenes salgan a las calles y se quejen, una y otra vez.

Hay que resaltar el gran apoyo que sus demandas encuentran en la sociedad chilena, ya el problema de injusticia social cruza transversalmente a todos los que viven de un sueldo. En el fondo se encuentra esta perversa inequidad: **la distancia**, entre lo que ganan los grandes grupos económicos y lo que percibe de sueldo la mayoría de los chilenos, **es una de las cinco más grandes del planeta**. Es obvio lo que ocurre; el promedio de arancel universitario es de \$200.000 y el sueldo mínimo \$182.000. ***Estos son los que llegaron a la viña en la hora final... Y nos parece normal que reciban menos que los de la primera hora...***

Nuestro concepto de educación

Entonces, ¿cómo debe ser la educación que soñamos para los niños y jóvenes chilenos?

La educación auténtica, se funda sobre **un concepto integral de persona** que permea toda su propuesta, e inspira todo el accionar de la comunidad educativa. Un proyecto donde cada **niño, niña y joven son el centro del proceso** y pueden desarrollar al máximo su condición humana y espiritual, mediante la interiorización de virtudes y valores conducentes a la formación de una conciencia moral, al compromiso con la sociedad y la historia, a la madurez en el amor y la sexualidad: hablamos de las bases de un proyecto de vida. Sin educación de calidad y equitativa no hay desarrollo humano y social **sólidamente sostenible en el tiempo**. La educación es uno de los más grandes servicios públicos que se presta a la sociedad, y que ha de ser ofrecido desde una variedad de proyectos educativos. De este modo los **padres de familia**, de acuerdo a sus valores y principios, podrán **elegir libremente** el

tipo de educación que desean para sus hijos. Este es un derecho irrenunciable, propio de sociedades libres, democráticas, respetuosas del pluralismo y alejadas de cualquier totalitarismo. Diversidad y elección que han de ser valoradas, resguardadas y aseguradas por el Estado. A éste compete que ningún joven quede privado de estudiar en razón de su condición socioeconómica, velando a su vez por la calidad de la educación y la correcta administración de los recursos públicos.

La clase política

En esta hora Chile espera de la clase política responsabilidad y vocación de Estado, y creo mi deber decirlo, nuestros parlamentarios no han estado a la altura de su vocación; sus actuaciones han obedecido más a consignas ideológicas y que al bien de los electores. No es justo exigir soluciones al actual Ejecutivo para problemas viejos, que nuestros representantes debieron prever y solucionar en su momento. El desprestigio de la política y el surgimiento de expresiones sociales alternativas a lo institucional generan un desafío importante para la legitimidad y capacidad de las sociedades de dotarse de mecanismos de gobierno. Ciertamente, el poder Legislativo es un espacio privilegiado para reflexionar sobre el tema y proponer puntos de encuentro entre una sociedad civil activa y protagonista y la institucionalidad política. Ellos responsables de la desconfianza de los jóvenes en las instituciones, baste recordar la llamada “revolución de los pingüinos” del año 2006, cuyo magro resultado es calificado hoy por los que lideraban este movimiento como un engaño pues *“los estudiantes confiaron en la clase política y finalmente esta clase política los decepcionó. Hoy día no estamos en las mismas condiciones para cometer ese mismo error”* (Patricio Contreras, vocero de la Fech).

Recordemos una vez más que el bien común no se construye a partir de miradas unilaterales, porque conducen a actitudes intransigentes y el conflicto se agrava por el aprovechamiento ideológico de la contingencia. El país no avanzará bajo presiones ni represión, tampoco bajo amenazas ni provocaciones. En la hora de las decisiones el **diálogo es la clave** para valorizar objetivamente demandas y propuestas, para recuperar confianzas, acercar posiciones, consensuar acuerdos, sabiendo siempre implicará ceder en algunas posturas. Los valiosos temas que los estudiantes han propuesto a la consideración del país, como los logros que han obtenido, no son incompatibles con la vida normal de clases. Debo felicitar a nuestros estudiantes de E.M. de Laja que, apoyando el proceso que vive el estudiantado chileno, se han mantenido en una civilidad ejemplar

Educación de calidad

Quiero decir a nuestros estudiantes indignados que compartimos sus ideales de una **educación de calidad** para todos sin excepción. Calidad significa **escuelas de calidad**, en su infraestructura, en su material pedagógico, en sus espacios. Calidad significa el derecho a **maestros por vocación** y no por descarte, preocupados de su actualización pedagógica, sin miedo a ser evaluados- como todo profesional; tratados con respeto por sus empleadores, directivos, apoderados y alumnos, pagados como corresponde a su grado académico y desgaste laboral. Educación de calidad supone **padres comprometidos** con el proceso, capaces de colaborar con los maestros y no desautorizarlos, amparando los errores de sus hijos. Pero por sobre todo, educación de calidad significa **alumnos de calidad**. Jóvenes, nadie puede suplir su pasión por aprender, nadie puede sustituirlos en esta etapa. Son Uds. tan importantes en el proceso educativo que aunque llegara a fallar el resto, un joven con ansias de crecer en su humanidad puede llegar a metas insospechadas con su solo interés por ser más. La gratuidad absoluta de la educación se la ve como solución; pero no sirve de nada si no hay esta fuerza y este anhelo en los corazones que se abren a la vida con un proyecto personal generoso. Educación de calidad es un proyecto de toda la nación, es absurdo responsabilizar a un Presidente de la República, o a un Ministro, o a todo el Parlamento de esta decisión. ¡O nos ponemos todos a trabajar, o no tenemos derecho a reclamos!.

A propósito, quiero citar las palabras de un indignado:

Palabras de un indignado

“Soy un indignado, porque trabajamos sin descanso para que ningún niño chileno perdiera su año escolar en 2010 y, junto a mucha gente, lo logramos. Pero, un año después, vemos que miles de nuestros jóvenes están a punto de perderlo. Soy un indignado, porque logramos levantar escuelas caídas para que nuestros niños pudieran estudiar, pero, un año después, otros las queman. Soy un indignado, porque trabajamos sin descanso para levantar los pequeños comercios devastados por el terremoto y tsunami para que los emprendedores se volvieran a levantar; pero, un año después, veo a cientos de comerciantes como ellos que sufren los destrozos de sus locales cada vez que hay una protesta callejera.”

Un indignado se definía Felipe Cubillos, al releer sus palabras me pregunto ¿por qué sólo ahora declaró públicamente su indignación? ¿Por qué él, un triunfador en la vida, se definió indignado? La suya no fue la indignación del fracasado o la del mezquino. La suya fue la del entusiasta, del feliz, del aventurero y del solidario, de quien se atrevió a mirar más allá de su entorno, de sus intereses y privilegios. No fue respuesta a la contingencia actual, ni tampoco a las catástrofes naturales recientes. Fue anterior; se gestó cuando se sintió enredado entre egoísmos y mediocridades. Entonces soñó ser libre de todo lo que a otros ata. Y optó por ser feliz más que exitoso. Por captar que la vida es única y que no se la tiene en solitario. Que los demás no son una posesión, sino un regalo. Que Chile podría ser el mejor lugar para todos y no sólo para algunos. Que

somos mejores de lo que creemos. Que seremos más felices sirviendo a los otros más que a nosotros mismos, que el miedo paraliza, que es clave soñar y que Dios y el cielo existen y los comenzamos a gozar desde ahora. Indignado, desafió mares, enfrentó vientos, capeó olas, atravesó el mundo y sus fronteras. Quiso ser para los demás, y tomó los anhelos de los desfavorecidos, de los que no han tenido oportunidades. Navegó contra el viento huracanado del hedonismo, la moda y el clasismo, para así superar toda pobreza y consolar a gente que lo había perdido todo. Ante la indiferencia de un modelo económico indolente y esclavizador, se declaró humanamente indignado. Navegó contra esas corrientes subterráneas que nos arrastran náufragos a un exitismo vano. Nos dejó una estela a seguir y encendió un faro en la ceguera social, que llamó indignación. Felipe Cubillos dio un golpe de timón en su vida porque intuía la verdadera riqueza, la mejor herencia para sus hijos y compatriotas, lo que llenaría sus almas: vivir para los demás.

Sus palabras textuales: (Rev. Capital 307, 26. 8-8. 9 2011):“Para los próximos 15 años espero que seamos capaces de resolver el gran drama de la calidad y la desigualdad de la educación en Chile. Y por lo tanto, sueño con que la clase política acepte que la educación se convierta en una política de Estado, no sujeta a los vaivenes de la política contingente que cambia cada 4 años. Necesitamos proyectar la educación a 15 o 20 años plazo, no sólo en su estructura institucional y recursos disponibles, sino que también en los contenidos que aprenden los jóvenes chilenos. Imagino una solución de una Agencia Independiente de Educación, parecida a lo que es el Banco Central actualmente, cuyas autoridades principales sean nombradas por mayoría en el Senado e inamovibles por un periodo largo de tiempo. Si actuamos así, la educación dejará de ser la moneda de cambio de los políticos y no será capturada nunca más por la política contingente. Recién ahí podremos construir una verdadera sociedad de oportunidades para todos.

“Amigo no te hago ninguna injusticia ¿No te ajustaste conmigo en un denario? Pues toma lo tuyo y vete. Por mi parte, quiero dar a este último lo mismo que a ti ¿Es que no puedo hacer con lo mío lo que quiero? ¿O te molesta que yo sea bueno?...”

Alabado sea Jesucristo!

Por siempre sea alabado

Viva Chile!